

# LIBROS

•SALA DE JUEGO•, de Juan Antonio Villacañas.

La larga y afortunada andadura poética de este joven poeta toledano ha llegado a su undécimo tramo. Once libros lleva publicados Juan Antonio Villacañas. Cifra que así, desnudamente, dice mucho de su vocación, de su autenticidad. No es de extrañar esta fecunda madurez que resuena en cada uno de los versos de «Sala de Juego» (obra finalista en el «Adonais», finalista en el «Guipúzcoa»), libro hondo, estremecedor, cruel a veces. Libro que es un contenido lamento, una desnuda confesión de hombre abocado a la muerte, residiendo en esta Sala de Juegos de la vida, con su paz mermada, su «porvenir difunto» como audazmente canta

«Dios me pone las cosas en la mano  
y yo las voy matando».

Se puede en justicia decir de «Sala de Juego» lo que Walt Whitman decía de su obra: «Esto no es un libro. Quien lo toca, toca a un hombre» porque Juan Antonio Villacañas se da aquí por entero. Y vemos su sufrir y su alentar, y su indagación y sus dudas («¿Que soy poeta...! ¿Quién lo sabe?—Redacto—algo que me preocupa de mí mismo —y que no está muy claro»), su tristeza («manantial de tristeza» es el hombre), su soledad con el hombre en esta unilateral

deuda («Nada me debe el hombre. Y yo le debo—la libertad que sepultó en la mina»), su serenidad también («Tenemos en la carne siembra pura—y un Dios seguro que nos acaricia»), su vida en suma. Y Dios, buscado agónicamente, o encontrado en el campo, o en el amor, o en la soledad... Y todo lo que es materia poética y trascendente.

La palabra de J. A. V. es magra, densa, sustantiva y dinámica. Un somero análisis nos revela una total primacía del nombre y del verbo, mientras lo adjetival apenas tiene lugar en su poesía. De ahí ese vigor expresivo, esa violenta y viva comunicación de sus versos.

«Sala de juego» es un libro importante. Y yo se lo recomiendo vivamente a mis lectores.

JUAN ANTONIO CASTRO.